

¿COMO PODEMOS CONSTRUIR UN MUNDO MEJOR?¹

*Henning Jensen P.**

Hace pocas semanas leí, en una revista de divulgación académica, un breve artículo cuyo título era la provocadora pregunta: ¿Es el computador un mejor ser humano? El artículo versaba sobre los avances de la neuroinformática y sus posibles aplicaciones concretas: por ejemplo, el desarrollo de un vehículo que se desplaza por el terreno de manera autónoma, dirigido por un computador que procesa la información proveniente de cámaras y radares láser. Este vehículo ya existe en la actualidad y quienes lo desarrollaron, lo hicieron pensando en fines militares; no obstante, esperan que este invento tenga consecuencias para el transporte cotidiano. Por ejemplo, pueden incorporarse en automóviles normales sistemas de información que regulen la velocidad, la distancia y la interacción general de los autos entre sí.

Los expertos en neuroinformática o redes neuronales (científicos provenientes de la física, la matemática, la informática, las ingenierías y la neurobiología), desean desarrollar sistemas de procesamiento orientados en la estructura y las funciones del cerebro humano, de manera que, gracias a una gran cantidad de procesadores individuales, correspondientes a las neuronas cerebrales, pueda crearse una topología dinámica de redes y así una organización del conocimiento que, a su vez, conduzca a la invención de sistemas capaces de aprender. La esperanza de los expertos es que los ordenadores inteligentes logren sustituir al ser humano en la toma de decisiones.

Debo confesarles que me sentí impactado por esta lectura, sobre todo porque en este artículo se citaba a una gran autoridad internacional en informática, que opinaba que la especie del homo sapiens había fracasado históricamente, tanto por la destrucción de su medio ambiente como por sus cruzadas de exterminio en guerras incontables.

No hay duda: el curriculum del homo sapiens, en lo referente a destrucción, es impresionante e incomparable. Durante el siglo XX, que todavía no ha terminado y que podría hacerlo de la manera tan sangrienta como empezó, han muerto ya alrededor de 100 millones de personas como resultado de las guerras; 15 millones de niños y niñas mueren anualmente de desnutrición o de sus consecuencias. Ante esta realidad, vienen a mi mente las palabras de Paul Valéry, citadas ya con anterioridad por mi persona en uno de estos actos de graduación, poeta francés que, antes de la segunda guerra mundial, decía que la inhumanidad tenía un gran futuro.

Durante varios días de la semana pasada, nuestro ánimo fue mantenido en velo por el ominoso secuestro de los magistrados de la Corte Suprema de justicia. El viernes, en

1 Discurso pronunciado en el Acto de Graduación de la Facultad de Ciencias Sociales, correspondiente al 11 ciclo 1992, realizado el 6 de mayo de 1993.

* Decano de la Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Costa Rica.

virtud de la ubicuidad de las cámaras de televisión, vimos a un hombre asentarle una brutal puñalada en la espalda a la tenista Mónica Seles, primera raqueta femenina del mundo. Y en esa misma edición de noticias, otra vez y como todos los días, la inmisericorde matanza de hombres, mujeres, niños y niñas en ese lugar, ahora sin nombre cierto, que hemos llamado Yugoslavia. Todo esto como si nosotros estuviéramos allí, en la misma escena de los hechos, por gracia o desgracia de los medios de comunicación. Es cierto, podemos ser testigos inmediatos de la desdicha humana; en este planeta, convertido ya en aldea, un académico de Ankara puede ser mi más cercano interlocutor, gracias al correo electrónico. Mi vecino puede ser un investigador de Nairobi, en virtud de la "desespacialización" de la geografía. En la electrónica parece habitar una idea de inmediatez que le hace eco a la sublime aspiración de Beethoven de una hermandad universal.

Pero cierto es también todo lo contrario: que la electrónica es un medio frío, como decía McLuhan hace muchos años, un medio que obra en contra de la sensibilidad; que trabaja a favor de una indiferente abundancia informativa, en contra de la inmediatez afectiva en que se ampara la capacidad de sentir, como en carne propia, el sufrimiento del otro. La electrónica, a pesar de todas sus virtudes, parece estar sometida al inefable designio de contaminar la fuente misma de la solidaridad entre los seres humanos; solidaridad que ella podría patrocinar si, de manera contratáctica, sirviera menos al procesamiento e intercambio de mera información, y más a la creación de las condiciones objetivas de la comunicación; vale decir, el diálogo entre quienes se reconocen como iguales.

Albert Einstein solía decir que el conocimiento existe en dos formas. Una de ellas no tiene vida; es el conocimiento almacenado en los libros. La otra forma cobra vida en la conciencia de los seres humanos. Esta segunda forma de existencia es la única esencial; la primera, a pesar de ser indispensable, ocupa una posición inferior. Si entiendo bien a Einstein, creo que él quería decir que los problemas del conocimiento, de la ciencia y la tecnología, se encuentran (o deberían encontrarse) subordinados a los problemas de la convivencia entre los seres humanos. De acuerdo con este criterio, la bondad de los descubrimientos científicos o de las innovaciones tecnológicas dependería de si ellos contribuyen en una vida mejor en un mundo mejor.

Pero... ¿qué es un mundo mejor? Esta pregunta ha sido el centro de reflexión de todo el pensamiento utópico. Tanto "Utopía" de Tomás Moro como "Nova Atlantis" de Francis Bacon construyeron mundos alternativos que convertían expectativas escatológicas en posibilidades profanas de vida. Pero el pensamiento utópico cayó en desgracia; quienes hayan leído a Marx y Engels, recordarán sus fuertes críticas a los "socialistas utópicos". En nuestro mundo pragmático, el utopista es fácilmente tildado de soñador.

Pero esa falta de lustre del pensamiento utópico no deja de ser un hecho curioso, en virtud de que todos nosotros tenemos una especie de intuición de cómo nuestro mundo y nuestra vida podrían ser mejor. Estoy seguro que todos los aquí presentes estaríamos de

acuerdo con que un mundo mejor sería un mundo en que se haría justicia a los intereses, los ideales y los valores de las personas y los pueblos; se impondrían restricciones a las desigualdades injustas; se daría fin a todas las guerras; las relaciones entre los géneros serían igualitarias, equitativas y justas; la industria y la agricultura serían ecológicamente sustentables; no existiría la pobreza del Tercer Mundo; todos los seres humanos tendrían acceso a agua potable, alimentación, servicios de salud y educación; todas las instituciones locales, nacionales y planetarias cooperarían entre sí racionalmente-, la riqueza estaría distribuida con justicia en todo el planeta.

No hay duda de que hemos fracasado en todos estos objetivos, aunque todos ellos son potencialmente realizables, de acuerdo con nuestro conocimiento científico y nuestras posibilidades tecnológicas. Si hemos fracasado, es entonces evidente que debemos aprender a construir un mundo mejor.

Al esbozar estos problemas, no piensen que he omitido ingenuamente la pregunta acerca de las estructuras y el ejercicio del poder social, el cual es firma responsable de muchos de estos problemas, o bien de todos. He querido más bien invitarles a hacer preguntas que ni siquiera los más inteligentes computadores podrían plantearse, ni mucho menos resolver. Espero que, al abandonar las aulas universitarias o al perseguir en ellas metas académicas superiores, la pregunta ¿cómo podemos construir un mundo mejor? les acompañe incansablemente como pesadilla irrealizada, pero con el propósito de que se convierta en sueño realizable.